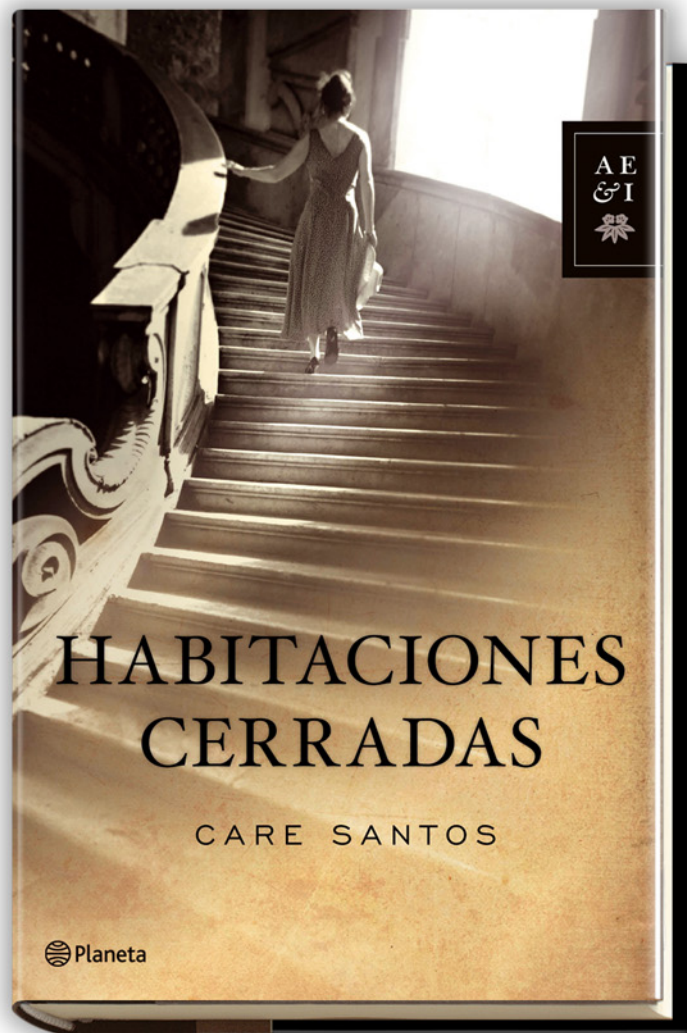


Fragmento

HABITACIONES CERRADAS

CARE SANTOS



La familia de los Lax esconde un terrible secreto

Care Santos



Habitaciones
cerradas



Teresa ausente, 1936

Fresco, 300 × 197 cm

En la actualidad, no visitable

Teresa Brusés fue la gran obsesión y —se dice— también la gran desgracia de la vida del pintor Amadeo Lax. De los treinta y siete retratos que le hizo, sólo una tercera parte están datados durante los ocho años que duró su convivencia matrimonial. El más atípico de ellos, considerado la obra maestra de su autor, fue este fresco de grandes dimensiones ejecutado durante las obras de rehabilitación del patio de la casa familiar y datado en 1936 (probablemente a comienzos de verano). La técnica empleada fue la conocida como «fresco al seco», consistente en pintar con colores diluidos en agua sobre una capa de mortero todavía húmedo, que Lax empleó aquí por primera y —curiosamente— última vez. La obra muestra a la modelo de cintura para arriba, con el cuerpo ladeado y el rostro casi de perfil. Mira hacia algún punto que queda fuera del cuadro, con un cierto aire de desasosiego o de extravío. Todo ello viene subrayado por la gama cromática empleada —predominan los oscuros: azules, negros, ocre, añiles...— y por el trazo grueso, se diría que descuidado, con que se han resuelto algunos detalles, como el pelo o las manos. Se trata de una curiosidad en la obra de un pintor meticuloso, que siempre cuidó el contorno y el trazo y que en esta ocasión demuestra una proximidad a los expresionistas inédita en su trayectoria. Por supuesto, se ha escrito mucho acerca del estilo de esta obra, que la mayoría de los especialistas achacan al crítico momento en que fue concebida: precisamente poco después de que la modelo abandonara al pintor por otro hombre. Lamentablemente, el fresco no se expone al público, por encontrarse en el interior de la que fuera residencia del artista, cuyo proyecto museístico lleva varios años esperando el beneplácito de las instituciones, entre las que se encuentra el gobierno autonómico, a quien Lax instituyó como heredero de la casa y de su obra.

Joyas del arte catalán,
Edicions Pampalluga. Malgrat de Mar, 1987

De:

Fecha:

Para:

Asunto:

No nos conocemos. Mi nombre es Silvana y vivo con mi familia en Nesso, un pequeño pueblo junto al lago de Como, en el norte de Italia. Le escribo por encargo de mi madre, quien desea hacerle llegar una carta. ¿Sería usted tan amable de facilitarnos una dirección postal?

Quedo a la espera de su respuesta y le envío un saludo amistoso.

SILVANA

Nesso (Italia), 10 de febrero de 2010

Estimada señorita Lax:

Pensará usted que esta carta llega de otro mundo. Discúlpeme por no enviársela a través de esa vía endiabladamente rápida que las máquinas han puesto a nuestro servicio, pero soy de las que aún piensan que los trazos manuscritos contienen mucho más que un mensaje: el latido de la mano que los traza, la humedad de la lágrima que los acompaña y puede que el temblor de la emoción que los justifica. Pensará que quien le escribe es una desengañada de la modernidad, o eso que llaman una persona amante de las tradiciones, y sin duda habrá acertado. Debe de ser este lugar donde nací y de donde pocas veces he salido el que me ha hecho creer en el error de que el mundo es lento y plácido. Y a mis años, la verdad, prefiero mantenerme en el engaño. Sólo añado a este preámbulo mi agradecimiento por su generosidad. Si le sirve de compensación por haber proporcionado sus datos postales a una desconocida, le confieso que me habría costado mucho contarle nada valiéndome de esas feas teclas de plástico.

El asunto por el que la escribo le parecerá, en un principio, ajeno a su interés: mi madre murió hace unas pocas semanas. Espero tener ocasión de explicarle cómo era y cuánto amaba este lugar, al que llegó siendo poco más que una niña. Su ausencia nos ha dejado una desolación que nada puede calmar. Sólo, acaso, cumplir sus últimos deseos, a pesar de que éstos sean para nosotras —para mi hija y para mí— tan sorprendentes como, supongo, serán para usted.

Aunque al principio no entendíamos la razón, mi madre la nombró a usted en su testamento. Esa cláusula no fue la única que nos dejó estupefactas. Es por eso que hemos necesitado —yo, por lo menos— un breve tiempo para cotejar datos y asegurarnos de que cuanto en un principio tomamos por fantasías de una mente agotada de vivir, eran en realidad las bases de nuestra historia familiar y —sospecho— también de la suya.

Todo esto, como comprenderá, requiere algunas horas de conversación. Hay cosas que deben tratarse en persona, ante algo de comer y con un buen paisaje de fondo. Disculpe, por favor, la brevedad de mis

palabras. No puedo extenderme en una carta. Ni siquiera en una de verdad, como ésta.

Así pues, Violeta, en este papel viaja mi invitación formal a visitarnos. Nuestra casa es un pequeño remanso de paz con vistas a uno de los parajes más idílicos del mundo. Puede quedarse el tiempo que desee, más allá de lo que nos ocupen los asuntos que debemos abordar. Si la información que poseo de usted es correcta, mi hija, Silvana, tiene aproximadamente su edad. Ella dirige ahora nuestro pequeño hotel, donde me consta que tiene una habitación reservada para usted. Sólo debe indicarnos el día de su llegada y nos encargaremos de recogerla personalmente.

Tenga por seguro que la trataremos como a una más de la familia. Con el anhelo de que tal cosa ocurra pronto, la saluda con afecto, su

FIGURELLA OTRANTE

De:
Fecha:
Para:
Asunto:

Querido Arcadio:

Finalmente he decidido viajar a Europa. Drina, mi asistente, está intentando conseguirme un billete para la semana próxima. Dime cuántos días crees conveniente que me quede, para planificar bien mi estancia. Ya sabes que lo que más me interesa es ver el fresco de Teresa antes de que sea retirado del muro del viejo patio, pero te acompañaré —en calidad de entendida, de heredera o de amiga (lo que te sea más útil)— a esas reuniones terribles de las que me hablas. Te advierto, eso sí, que los políticos me ponen enferma.

Por lo demás, pienso viajar también a Italia. Mi intención, al principio, era ir allí primero y luego dar el salto a Barcelona, pero esta mañana recordé de pronto que las obras de restauración deben de estar a punto de comenzar y por nada del mundo querría perderme esta última oportunidad de ver la obra cumbre de mi abuelo en su emplazamiento original. Máxime cuando es una obra de la que he hablado, escrito y hasta pontificado durante años.

Resumiendo: espero noticias.

Besos.

VIO

P.S.: Por cierto, si me invitas a un vino prometo contarte las extrañas circunstancias en que una dama misteriosa y decimonónica me ha invitado a visitarla al lago de Como. Te juro que no es broma. Y pienso ir. Daniel dice que estoy loca. Ah, Daniel te manda saludos. Últimamente está tan ocupado con su novela que ni siquiera tiene tiempo para su familia.

De:

Fecha:

Para:

Asunto:

Te adjunto toda la información de los vuelos europeos que me pediste: Chicago-Barcelona y Barcelona-Orio al Serio (Bérgamo/Milán). He averiguado que este último aeropuerto es el más cercano al lago de Como, que es donde te propones ir, ¿verdad? Ya me dirás si prefieres hacer un poco de turismo en Milán o está bien así. También necesito saber cuándo vuelves y desde dónde.

Ya sé que detestas estas cosas pero hay algo que necesito preguntarte. No en calidad de asistente, por una vez, sino de amiga. Al fin y al cabo, fui mucho antes lo segundo que lo primero.

Ay, Vio, ¿estás segura de que este viaje no es, en realidad, una huida? No sé, lo has decidido con tanta precipitación, en un momento tan extraño. ¡No entiendo por qué te vas precisamente ahora, cuando el Art Institute está a punto de inaugurar TU exposición de los retratistas! Y eso que dices en tu correo me confunde más aún: ¿«Hacer las paces con una parte de mi pasado que dejó escapar»? No se me ocurre qué puede ser tan importante para ti como para renunciar a la satisfacción de pronunciar un discurso delante de todos los jefes el día de la inauguración. Ya sé que dices que eso sólo es colateral, que en realidad es un cúmulo de razones lo que te lleva a Europa, empezando por el fresco de Teresa, pero yo no termino de verlo claro.

Tal vez me estoy propasando incluso en mis funciones de amiga, pero tengo la sospecha de que todo esto tiene más que ver con la crisis de la que me hablaste el otro día. El trabajo de Daniel, tu falta de fe en vuestra relación de pareja, las obligaciones que ahora te imponen los niños... Todo eso irá pasando, querida. O mudando de piel. A todos nos ocurre. Sólo es cuestión de tiempo que lo veas de otro modo. Resumiendo: sólo quería decirte que estoy muy preocupada por ti. Tengo la impresión

de que te ocurren muchas cosas al mismo tiempo, y no entiendo ninguna.

¿Me prometes que te cuidarás mucho? ¿Y que contarás conmigo, si te hago falta, para algo más que planificarte la agenda?

—Algún día contaré todo lo que recuerdo y los muertos se removerán en sus tumbas —le susurró Concha una vez a su querida Aurora.

La vida no le brindó demasiadas oportunidades para hablar largo y tendido. Aunque tal vez ése sólo fuera uno de los motivos por los cuales Concha nunca le contó a nadie todo lo que recordaba.

Nunca contó, por ejemplo, que el sábado 24 de diciembre de 1932 la señora Maria del Roser Golorons, viuda de Lax, después de oír misa de nueve en la iglesia de Belén, invirtió casi todo el día en visitar los Grandes Almacenes El Siglo. Pasó mucho rato en la sección de ropa blanca para niños del segundo piso, donde adquirió un ajuar completo para su primer nieto, que habría de nacer a mediados de primavera: pañales de tela rusa, mantillas festoneadas, camisas de batista y de hilo de Holanda y hasta media docena de enaguas de madapolán con bordados y volantes a la inglesa (para el caso de que el nieto fuera nieta). En la sección de juguetes eligió un perro saltador que causaba un gran efecto, un caballo de cartón y un coche de hojalata con sus caballitos al trote. Luego visitó la sección de cestería para adquirir un caminador, una chichonera adornada con borlas de lana y una cuna con pabellón, que era de mimbre pero costaba como una de la mejor madera. La ilusión de la señora por abastecer al primer hijo de

Amadeo, su primogénito, y su querida Teresa se traslucía en el volumen de sus compras.

—Los niños de hoy son más complicados que los de antes, necesitan más cosas —decía para justificar sus compras.

Antes de pasar a lo siguiente, la señora se detuvo ante una casa de muñecas de dos plantas que costaba diez pesetas. Por un momento, Concha temió que aquella visión convocara en ella los peores recuerdos de su malograda Violeta, pero de nuevo le sorprendió oír:

—Éste será mi regalo de Navidad para tu hija. ¿Crees que será de su gusto?

Una señorita vestida con el elegante uniforme negro de la dependencia del establecimiento sonreía a ambas damas desde el otro lado de un mostrador de madera.

Concha acercó los labios al oído de doña Maria del Roser y con la mayor discreción dijo:

—Yo no tengo hijos, señora. Igual se refiere a Laia, la hija de Vicenta, la cocinera.

—¡Exacto, esa nena tan guapa, con esos ojos vivarachos! —La señora pareció entusiasmarse, pero en seguida se enfurruñó—. No. No es buena idea. No creo que a esa niña aún le interesen las casas de muñecas.

—Tiene doce años —puntualizó Concha—, y no ha tenido nunca ninguna. Creo que le encantaría.

—No, no, no. —La señora espantó la idea como si le resultara muy molesta y echó a andar, olvidando la casa en miniatura.

En la sección de baterías de cocina quiso que eligiera su fiel acompañante. Ése era en cierto modo su papel, la razón de su presencia allí. Los ojos de la señora la convertían en una especie de asesora omnisciente, vaticinadora de necesidades y hasta de catástrofes que podían paliarse con unas cuantas adquisiciones. En realidad era Teresa, la nueva señora de la casa, quien insistía a Concha en que no dejara ni un segundo sola a su suegra. No sólo la acompañaba y la asistía —su salud

era ya delicada— sino que también velaba por que la avanzada demencia de la matriarca no trajera disgustos a la familia.

Ante un dependiente solícito que le mostraba ollas y cazuelas con el mismo orgullo con que habría enseñado sedas y organdíes, la señora Maria del Roser achinaba los ojos, llamaba a Concha con un ademán y decía:

—Elige tú, que en esta materia eres autoridad.

Nunca se supo si aquella ignorancia era real o fingida, aunque Concha sospechó siempre que la señora sabía más del gobierno de una casa de lo que en su vida estuvo dispuesta a reconocer y que su despiste siempre fue más producto de la falta de interés que de su incapacidad. Su enfermedad no disipó ninguna de estas dudas.

Aquella tarde, estudiando una sartén cuyo fondo le devolvía una caricatura de sí misma, dijo:

—Necesitaremos por lo menos una docena de éstas, ¿no es cierto, Conchita?

Sin saber cómo, la sirvienta logró que se llevaran sólo dos. La señora se encaprichó también de dos ollas y cuatro cazuelas de tamaños variados, todas de plancha de hierro y esmalte azul, de la mejor calidad. En realidad no necesitaban nada de aquello y en las cocinas sobraba la cacharrería, pero la señora Maria del Roser no comprendía que pudiera abandonarse El Siglo sin haber gastado por lo menos diez pesetas en la sección de baterías de cocina de la planta baja.

—Me gustan más las ollas que los brillantes —solía decir, risueña, cuando aún rebosaba facultades.

Aquel día se le metió en la cabeza que en la casa había una urgente necesidad de una cristalería de cristal fino que costaba más de cien pesetas y la añadió al pedido sin pestañear, justo antes de pasar a la sección de moda femenina para asistir a la última prueba del traje de banquete que tenía encargado, a cuya factura hizo sumar media docena de enaguas de batista y dos cubrecorsés de hilo bordado. Maria del Roser Golorons tenía un carácter demasiado díscolo para ser esclava de nada,

ni siquiera de la moda, y durante toda su vida había vestido según un criterio regido por la limpieza, la comodidad y un uso adecuado de los colores, pero justo cuando se acercaba al último acto de su vida, se empeñó en volver al polisón y a la falda con cola que barría las baldosas.

—La mujer elegante sólo debe mostrar las puntas de los zapatos —sentenciaba, ante la mirada desesperada de la modista, que un momento antes le había estado mostrando unos bocetos de la última moda de París: unos abrigos con una sola manga que la señora halló extrañísimos, igual que el nombre que les daba la empleada, «asimétricos»—. Estos franceses no saben qué hacer para timarnos —dijo, pasando a otra cosa.

Concha la seguía por el atestado establecimiento, feliz como una niña. Desde el año en que murió Violeta no había vuelto a ver a la señora tan ilusionada con los preparativos navideños. Sin duda, el próximo nacimiento tenía mucho que ver con ese buen humor. Gracias a eso, la casa recordaba un poco a la de otros tiempos, aquellos en los que el silencio aún no había llegado para quedarse.

Después de sus compras, la señora Maria del Roser quiso reponerse un poco en la cafetería. Acomodó sus faldones en una de las butacas, pidió a Concha que le trajera de la sala de lectura una revista de modas —«pero que no sea francesa», puntualizó— y pidió un vaso de agua fresca y una ración de croquetas. También manifestó su deseo de ver al propietario del establecimiento, a quien pensaba saludar, como hacía siempre que visitaba la casa.

—Siéntate, Conchita, no me pongas nerviosa —dijo, señalando la otra silla.

Don Octavio Conde acudió cuando ella saboreaba la segunda croqueta, tan puntual y galante como siempre.

—¿La familia bien? —preguntó, inclinándose a besar la mano de su querida Maria del Roser.

—Mire usted qué fatalidad —dijo ella—, me acabo de enterar de que Conchita no tiene hijos.

—A mi edad, me correspondería más bien tener nietos —bromeó la sirvienta, que conocía a don Octavio desde que era un niño. Y en un susurro junto al oído de su señora, añadió—: Es Octavio. Se va a extrañar de que le llame de usted.

Octavio sonreía, comprensivo, aunque había cierta inquietud o puede que cierta tristeza en el modo en que fruncía los labios mientras miraba a la madre de su mejor amigo.

—Conchita es un poco la madre de todos nosotros —terció—. Y lo será también de la tercera generación que viene de camino.

—Así es, así es —repuso Maria del Roser, con la mirada extraviada, antes de volver en sí de pronto—. ¿Cómo lo sabe?

Octavio dio una especie de respingo. Fue un gesto poco evidente, que sólo unos ojos adiestrados en la observación como los de Conchita habrían sabido reconocer.

—Porque su hijo y yo somos amigos desde el colegio. Nos conocimos en el pensionado de los jesuitas de Sarrià. Ya se sabe —intentó reír, pero la carcajada le salió forzada—: las penurias de la vida cuartelaria son grandes forjadoras de amistades.

—Ah, sí, el pensionado. —Maria del Roser puso los ojos en blanco y cruzó los pies bajo las faldas, poniéndose cómoda—. Cómo me gustaba ir a visitaros los domingos —suspiró, nostálgica.

—A nosotros también nos gustaban los domingos —siguió Octavio—, pero me temo que por otros motivos: con la presencia de las familias, los curas se volvían seres humanos. ¡Cómo envidiamos a Amadeo cuando se libró de ellos! Siempre fue más inteligente que todos nosotros. Y sigue siéndolo, sin duda.

Con la urgencia por abandonar un asunto espinoso, la señora cambió de conversación. No le gustaba hablar de los años en que su hijo fue alumno de los jesuitas de Sarrià.

—Inteligente, sí —musitó Maria del Roser, mordisqueando una croqueta—, lástima que se haya vuelto tan intratable, ¿no le parece? ¿De qué estábamos hablando? Ah, sí. ¿Va a pasar usted las fiestas en familia?

—Me temo que no —repuso Octavio, frotándose las manos en un gesto de nerviosismo que en él resultaba extraño—. Mañana mismo parto hacia Nueva York, a emprender mis propios negocios.

Maria del Roser abrió tanto los ojos que su frente se plegó como un acordeón. Más sorprendida aún se mostró Concha.

—¿Nueva York? ¿Por mucho tiempo? —preguntó la sirvienta.

—No puedo saberlo, todo dependerá de cómo me vayan las cosas. —Y en un viraje brusco de la conversación, improvisó una disculpa—. Ha sido un placer verla, señora. Si me disculpan, tengo aún mucho que preparar.

—Claro, claro, lo comprendemos —dijo Concha.

Maria del Roser no hizo ningún eco de las sorprendentes noticias que acababan de recibir.

—Salude a sus padres de mi parte —prosiguió, como en un orden lógico de las despedidas que estaba desde antiguo programado en su cabeza—. Le veré después de fiestas, cuando vengamos a comprar la canastilla del bebé. Ha de nacer en... Conchita, ¿cuándo es que esperamos a mi nieto?

—En mayo, señora.

—La pobrecita de mi nuera ya tuvo un aborto, ¿sabe? Pero esta vez todo va bien, gracias a Dios.

Conchita comenzaba a incomodarse con aquellas intimidades. Tampoco Octavio Conde parecía a gusto con el cariz que cobraba la conversación. Deseoso por marcharse, repitió el besamanos, inclinó la cabeza hacia Conchita y antes de salir de la cafetería indicó al camarero de que las dos damas estaban invitadas.

No había hecho más que desaparecer cuando una grave contrariedad asomó al rostro de Maria del Roser.

—No nos hemos acordado de preguntarle si su mujer se encuentra mejor. Qué groseras.

—Don Octavio es soltero, señora. Seguramente se refiera usted a doña Cecilia Gómez del Olmo, que era su madre —dijo

Conchita, prudente, mientras la señora le daba la razón con un cabeceo—. Recuerde que murió hace años, pobrecita.

—¿De verdad? ¿Y su marido ha vuelto a casarse?

—No, señora. Don Eduardo Conde siempre fue fiel a la memoria de su difunta. Hasta su muerte, de la que también hace mucho tiempo.

Doña Maria del Roser frunció el ceño.

—Vamos, Conchita, estamos comenzando a confundirnos.

Caminaron unos pasos, pero antes de llegar al ascensor, la señora se detuvo de nuevo. Un empleado vestido con una librea carmesí abrió la puerta para que entraran.

—¿Cómo dicen que se llamará mi nieto, Conchita? Nunca me acuerdo —preguntó la señora mientras arrastraba su falda dentro del ascensor.

—Modesto, señora. Eso suponiendo que sea un varón. Y si es mujer, no se sabe —lo dijo con temor.

Temor al dolor dormido que en cualquier momento puede despertar.

—Violeta me gustaría —opinó la matriarca—. Debería haber otra Violeta en la familia lo antes posible.

El dolor dormía, confirmó la sirvienta, tranquila.

—¡Mira que querer ponerle a mi nieto nombre de ascensorista...! —espetó Maria del Roser, ajena al empleado que tenía delante—. ¿Y sabes por qué han elegido un nombre tan horrible? Con la de santos que hay.

—En honor al pintor que fue el maestro de su hijo, señora.

Habían mantenido aquella misma conversación una docena de veces. Pero la repetición no dejaba mella en ninguna de las dos.

—Ah, sí, es verdad. Mi hijo pinta. Creo que no del todo mal.

—Desde luego que no, señora. Tiene mucho éxito. Le consideran mucho —repuso, con orgullo maternal, Conchita.

Esta conversación tenía lugar junto al gran cartel publicitario que ocupaba casi toda la pared lateral del ascensor. En él se veía a una dama joven vestida de gala. En una esquina destacaba el nombre del artista con grueso trazo negro: Amadeo Lax. El cuadro actuaba como reclamo para clientes, del mismo modo en que lo hizo cuando sirvió de cartel publicitario a los almacenes, una docena de años atrás.

—¿No te ha parecido que Octavio estaba raro hoy? No parecía él —preguntó de súbito Maria del Roser.

Conchita se había llevado la misma impresión. Lo achacó a los nervios del viaje que acababa de anunciarles.

—Si mi hijo hubiera puesto tanto empeño en dirigir las fábricas de su padre y su abuelo ahora no seríamos pobres —soltó la señora, antes de exclamar, pletórica—: ¡Nosotras bajamos aquí, joven! ¡Quítese de en medio!

Conchita salió del ascensor ruborizada hasta las orejas. La señora iba como si tal cosa, apremiada por alguna urgencia que sólo estaba en su cabeza.

—Usted no es pobre, señora —se apresuró a contestar Conchita en cuanto se alejó lo suficiente del ascensorista—. Sólo es un poco menos rica que antes.

—¿Que antes de qué? —Varias arrugas paralelas y delicadas aparecieron en la frente de la señora.

—De la crisis. Dicen que afecta a todo el mundo, no sólo a los barceloneses. Quien más quien menos, todos han perdido algo.

—No, Conchita, no te dejes engañar. Los ricos de verdad casi nunca pierden nada. Lo único, tal vez, su desparpajo, porque con tanto anarquista suelto hay que disimular. ¿Tú conoces a algún anarquista?

—No, señora, a ninguno.

—Mejor. Sigue así. Los anarquistas se meten en las casas y roban las alfombras. Luego, le prenden fuego a todo. Pero primero las alfombras. Las alfombras les encantan. —Se sobresaltó otra vez—. Pero ¿qué hacemos aquí charlando como si

nada? Tenemos que irnos a casa, Conchita. ¿Hemos comprado todo lo necesario? Piénsalo bien.

—Sí, señora.

—¿Seguro que no nos falta nada? ¿Alguna olla para la comida de mañana, quizá?

—No, señora. Tenemos ollas suficientes.

—¿Estás segura?

—Del todo, señora.

—Bien, entonces no sé qué estamos haciendo aquí.

Con paso algo cansino, pero tan elegante como siempre, la señora Maria del Roser salió a Las Ramblas. Julián esperaba unos metros más allá, al volante del Renault. En cuanto vio salir a las mujeres se apresuró a bajar del vehículo, abrir la portezuela trasera y ofrecer su brazo a la matriarca para ayudarla a subir. Luego hizo lo propio con Concha, pero con algo menos de entusiasmo. Ambas se agarraron del brazo del veterano cochero con más énfasis del que la cortesía permite. Para dos mujeres que superaban las seis décadas de vida, no era tarea fácil encaramarse a aquel trasto moderno, menos aún cuando por toda ayuda disponían de un cochero de casi setenta.

La señora ocupó al fin su lugar, resollando, Concha la secundó y Julián suspiró, tal vez aliviado de que la operación de embarque hubiera concluido sin descalabros, para regresar a su puesto tras el volante.

En cuanto el motor comenzó a rugir, la señora dijo, echando un último vistazo a las puertas iluminadas de los almacenes:

—Esas croquetas me han sentado fatal, Conchita. Tengo una cosa aquí...

Se señalaba el estómago, comprimido por el corsé.

—Vámonos a casa, Felipe —apostilló—. No son horas de que dos damas decentes anden por las calles.

El veterano chófer no se ofendía de que la señora no recordara su nombre. Más bien se sentía muy honrado de que se refiriera a él por el de su padre, que pasó su vida en el pescante del carruaje del primer señor Lax, diligente y silencioso, como

debe ser todo buen sirviente. Le había idolatrado en vida tanto como le recordaba tras su muerte, y últimamente agradecía que la señora lo reviviera con su memoria distraída.

Sobre la marquesina de la entrada principal de los almacenes, una familia de monigotes infantiles anunciaba la Navidad. Los escaparates refulgían. En el más grande, un tren eléctrico con los vagones cargados de paquetes diminutos daba vueltas sin descanso. Las Ramblas eran un bullicioso ir y venir de personas ajetreadas. Se escuchaba cantar, muy cerca, un villancico. Por las grandes puertas giratorias no dejaba de entrar y salir gente.

El Renault descendió el paseo más popular de la ciudad en dirección al mar. La señora entrecerraba los ojos. Concha se dejaba mecer por la alegría de la fiesta, por el último brillo del sol en el día helado, por la animación de las calles. Llamó su atención la rica ornamentación de la fachada de la Compañía de Tabacos de Filipinas, y se santiguó al paso por la parroquia de Belén, con la que a primera hora de aquel mismo día había cumplido su obligada visita anual, como tantos barceloneses. Vislumbró los puestos de las floristas a lo lejos, y sintió un poco de nostalgia de la época en que ningún motor molestaba a las flores con sus toses. Con gusto habría bajado a comprar un ramo de margaritas blancas, las favoritas de doña Maria del Roser, pero andaban ya apuradas y no era cuestión de entretenerse.

Al llegar a la altura de la calle Portaferriusa el coche dio la vuelta para enfilarse al otro lado, bordeando el Palacio Moja, que tenía las contraventanas abiertas, como si alguien hubiera decidido ventilar las nobles estancias. Algún transeúnte se había percatado, igual que Concha, y miraba con curiosidad las pinturas y los medallones del techo, detenido en mitad de su paseo. La curva despertó a la señora de sus ensoñaciones.

—¿Te has fijado si está preparada la mula de refuerzo?
—preguntó—. No quiero perder más tiempo.

—Estos coches modernos no necesitan mulas, señora. Lo hace todo el motor.

El coche había sido un capricho del señor Rodolfo. Lo mandó comprar en Francia, casi tres décadas atrás, animado por un anuncio en el que se ofrecía «Renault 14 HP, con elegante carrocería limousine-torpedo». Ningún espíritu avanzado habría podido resistirse a semejante descripción. Fue uno de los primeros automóviles de la ciudad —la matrícula número cuatro— y tan celebrado que durante los primeros tiempos los transeúntes aplaudían a su paso.

—Tú no te fíes y mira a ver si está la mula... —respondió la señora, antes de inclinar la cabeza sobre el pecho y quedarse de nuevo profundamente dormida.

En el que antaño fuera el teatro Coliseum se anunciaba para el día de Navidad por la noche la sesión de gala de una película de Harold Lloyd. Algunas personas esperaban junto al despacho de billetes; sólo unos metros más allá un par de caballeros charlaban gesticulando y elevando la voz. Concha suspiró de aburrimiento: tanto entusiasmo sólo podía despertarlo el catalanismo o la crisis económica. Como le pareció que se expresaban en esa dulce y rica lengua que tanto vale para proclamar repúblicas como para vender melones, se decantó por lo primero.

Llegaron a su destino muy rebasada la hora de la comida. En otros tiempos, esa conducta habría sido inimaginable en la señora. Los horarios, cumplidos con una exactitud meticulosa, fueron siempre el engranaje que aseguró el buen funcionamiento de casa de los Lax. Se desayunaba a las ocho y cuarto, se paseaba entre las doce y la una y media, se almorzaba a las dos en punto, se pasaba el rosario a las siete —los miércoles un cuarto de hora más tarde— y se cenaba a continuación, sin alteración posible. Los miércoles la señora celebraba sus reuniones en la biblioteca, los jueves se recibía y los domingos todos acudían a la misa de doce de la parroquia de la Concepción, cuyo párroco —el padre don Eudaldo— solía comer luego con la familia. Y así, invariablemente, una semana tras otra, hasta que la Navidad, la Semana Santa o el veraneo alteraban las rutinas.

Aquel 24 de diciembre de 1932, la señora pidió que le sirvieran un té en su habitación y se retiró sin saludar a nadie. Su hijo, que la había estado esperando sentado a la mesa —la espalda muy recta contra el respaldo acolchado—, comenzó a comer, cansado de ver cómo se le enfriaba la sopa y, por supuesto, se enfadó muchísimo. Teresa, la nuera, intentó disculpar a la señora sacando a relucir su enfermedad. El almuerzo de los dos esposos resultó, no sólo por eso, deslucido y triste. Y silencioso.

Por la tarde, un par de mozos de los grandes almacenes trajeron la compra, embalada con primor. El servicio la acomodó en el almacén junto a la despensa, a la espera de instrucciones. La cocina era un hervidero de preparativos para la comida del día siguiente. La cena de Nochebuena, en cambio, no era costumbre de la familia: todo se reservaba para el almuerzo del día de Navidad.

La señora Maria del Roser no salió de sus habitaciones en toda la tarde. Por la noche llamó a Antonia para que la ayudara a meterse en la cama. La mujer, que había llegado a la casa sólo cinco años atrás, a la vez que Teresa, salió del cuarto con el rostro desencajado del espanto, diciendo que jamás había visto a la señora tan descompuesta ni con tantas ocurrencias absurdas.

—Me volveré loca si la escucho un minuto más —añadió.

Teresa se ocupó de todo. Disculpó a su camarera y ella misma ocupó su lugar, solícita, dulce. Entró en el cuarto de su suegra como habría hecho un doctor ante una urgencia. Al rato salió y preguntó por Conchita. Las manos y la voz le temblaban cuando le dijo:

—Concha, por el amor de Dios, ¿tú sabes dónde se guarda la llave de la habitación de Violeta?

—Ay, no, señora. La dimos por perdida hace años, el día en que... —se interrumpió, pensando de nuevo en el dolor dormido, al que ninguna palabra dicha en voz alta debe despertar. Prosiguió—: Su suegra la utilizó para cerrar la puerta a cal y canto. Después de ese día, no la he vuelto a ver.

Esas palabras no amilanaron a Teresa:

—Pues ella debió de guardarla. Está convencida de que se encuentra bajo su cama y no hace más que insistirme en que la busque. Dice que quiere tenerla en la mano —explicó Teresa—. Y yo lo he hecho, la he buscado, pero ahí no hay nada. Ni siquiera polvo.

—La señora desbarra, lo sabe tan bien como yo. Y no debería agacharse así —señaló con la mirada la tripa apenas hinchada de Teresa.

—Es más que un desbarra, Conchita. Nunca la había visto tan mal. Acaba de pedirme que llame a su hijo Juan. Dice que quiere verle antes de morir. Estoy muy asustada. ¿Sabes si Amadeo está ya en casa?

Concha negó con la cabeza. Había visto salir a Amadeo un rato antes, sin chófer, al volante del Rolls Royce. Y, por supuesto, nadie allí sabía a qué hora pensaba volver. Como siempre.

—Tienes que ayudarme, Concha.

—¿Cree que la señora piensa entrar en la habitación de Violeta? —se atrevió a preguntar—. Me produce horror sólo pensarlo. Sería nefasto para ella. Recuerde que todo está igual a como ella lo dejó.

Teresa tenía la mirada triste. Bajo sus ojos se dibujaban un par de bolsas azuladas. Se llevaba las manos al vientre y arqueaba la espalda. Estaba agotada.

—Tenemos que encontrar esa llave —dijo— o no podrá dormir en toda la noche. En algún lugar tiene que estar.

Teresa reclutó de entre el personal de servicio a toda una brigada y los puso a buscar el diminuto pedazo de hierro. Aún no había aparecido cuando el señor regresó, a las nueve y cuarto, tan elegante y frío como siempre. Echó un vistazo sin interés, llamó a Conchita y pidió que le sirvieran la cena en su estudio. Acto seguido tropezó con la moldura, demasiado baja, de la escalera de mármol y dio un traspié antes de comenzar a subir, pero nadie hizo ningún aspaviento. Tampoco él.

Al saber a su marido en casa, Teresa subió al estudio a con-

tarle lo que ocurría y a pedirle su autorización para llamar a su hermano. Bajó pocos segundos más tarde, con los ojos llenos de lágrimas. Conchita esperaba inquieta al pie de la escalera.

—¿Ha autorizado que llamemos a Juan?

Teresa negó con la cabeza.

—Lo temía —musitó la veterana sirvienta, con gesto contrariado.

Una media hora después, la joven Laia —que se había cansado en seguida de la búsqueda, y a quien su madre envió a la cocina— subía la escalera de la buhardilla llevando en equilibrio una bandeja bien provista de viandas.

La nuera continuó buscando la llave, impermeable a la indiferencia de su marido y al desánimo. Concha le rogó varias veces que se acostara, le prometió que ellas continuarían buscando, pero tampoco esta vez quiso escucharla.

—No debería esforzarse tanto —dijo Conchita, de nuevo clavando los ojos en la tripa de la joven señora—. No me perdonaría que le ocurriera lo mismo que la primavera pasada.

—No me ocurrirá nada —sonrió Teresa, dulce—. Ya estoy de cuatro meses. El doctor me ha dicho que todo va bien.

Hacía tiempo que Teresa había aprendido a hacer de la tenacidad su mejor arma.

La llave apareció por fin a eso de las once, dentro del secreter que tenía la señora en su antecámara, que hacía las veces de saloncito privado. Los dedos de Teresa la rescataron de allí, triunfales, y se la ofrecieron a su suegra, quien la agarró junto con la mano que la llevaba.

—Quédate un momento, Teresa —ordenó— y haz que se vayan todos.

Su reunión duró unos cincuenta minutos. Cuando Teresa traspasó de nuevo la puerta del cuarto de doña Maria del Roser tenía los ojos enrojecidos y las mejillas muy pálidas. Se acostó sin cenar. El té con bollos suizos que Concha dejó sobre la mesa de su salón estaba intacto al día siguiente.

La noche transcurrió en una quietud absoluta. Ni siquiera

el sereno paseó frente al gran portón de la casa. Puede que fuera esa gran quietud que, dicen, precede a los grandes cataclismos.

En las horas siguientes, que eran ya las del día de Navidad de 1932, ocurrieron tres cosas terribles: ardieron los Grandes Almacenes El Siglo, murió en su cama la señora Maria del Roser Golorons y Amadeo Lax pasó por primera vez parte de la noche en la habitación de Laia, la hija de la cocinera, de doce años.